

zalo congregó los Estados del reino para recibirles el juramento de fidelidad á Fernando de Aragon y de Castilla, dedicóse á organizar el dislocado gobierno y la desconcertada administracion de justicia, hizo nuevas alianzas y estrechó las antiguas con los estados de Italia, envió varios de sus oficiales á ocupar las pocas fortalezas que aun tenian los franceses, y empezó á dar recompensas á los esforzados capitanes que le habian ayudado en la guerra y cooperado á sus triunfos.

Entonces fué cuando dió con régia liberalidad aquellas espléndidas remuneraciones que comenzaron á escitar los celos del monarca español. A Próspero y Fabricio Colona les restituyó los estados que les habian usurpado los franceses; á Albiano, gefe de los Ursinos, le dió la ciudad de San Marcos; el condado de Mérito á Diego de Mendoza; el de Oliveto á Pedro Navarro; á Diego de Paredes el señorío de Caloneta; y así fué á otras ciudades, fortalezas y estados á Andrade, Benavides, Leiva y demas caudillos que se habian distinguido en la campaña. Deshaciáanse todos en lenguas para ensalzar su magnificencia y generosidad; mas como aquello lo hiciese sin esperar la aprobacion de su soberano, y aun contra el espíritu económico de éste, no estrañamos que en medio de la

licio y otros poetas italianos. Y por eso dice bien nuestro Quintana, que hasta ahora la fama de Gonzalo de Córdoba «está deposti-

tada con mas dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía.»

alegría que causaron en la córte de España las victorias del Garillano, comenzára Fernando á mirar al Gran Capitan con cierto recelo de su gran poder y prestigio, y que esclamára entre enojado y sentido: «¿Qué importa que Gonzalo haya ganado para mí un reino, si le reparte antes que llegue á mis manos?»⁽¹⁾

Un disgusto tuvo Gonzalo en medio de tantas satisfacciones. Los soldados se le insubordinaron reclamando los atrasos de sus pagas, y llevaron su rebelion tan adelante que se apoderaron de dos plazas del reino para asegurarse de su pago. Mal antiguo era este en el ejército español de Italia, y que habia producido ya no pocos disgustos y peligros. Muchas veces desatendido y casi siempre atrasado, habiase visto así, ya en Calabria, ya en Barletta, ya en las orillas del Garillano, y al decir de los historiadores italianos, cuando se ajustó la capitulacion de Gaeta no habia una sola racion de pan en el campamento de los españoles. Esto manifiesta el sufrimiento del soldado español, aumenta el mérito de las victorias del Gran Capitan, pero no deja de ser un cargo contra la estrecha economía de Fernando. Tuvo no obstante Gonzalo que sofocar la sublevacion á fuerza de energía y severidad, y sin perjuicio de procurar satisfacer una parte de las pagas atrasadas, aunque á costa de acudir al sensible recurso de imponer contribuciones al reino

(1) Chron. del Gran Capitan, tr. Viror. lib. III. c. 4.—Giovio, Vitæ Illus-

conquistado, disolvió las compañías mas rebeldes, y envió los mas revoltosos á España para que fuesen castigados. Esto no podía menos tambien de dar ocasion á los soldados á entregarse á excesos perjudiciales á la disciplina, y nada á propósito para captarse las voluntades y los ánimos en países recién adquiridos.

Compréndese bien la consternacion que produciría en toda la Francia la noticia de la derrota del Garillano y de la rendicion de Gaeta. La córte se vistió de luto, y el rey se encerró en su palacio, sin dejarse ver de nadie, escondiéndose de los ojos de sus mismos súbditos como abochornado de ver deshecho por un puñado de españoles el magnífico edificio de sus vastos planes. Costóle la pena una grave enfermedad, y no faltó mucho para que le costára la vida. El que se ve humillado, ó se abate ó se exaspera, y Luis XII. sufrió sucesivamente las dos afecciones: en la primera estuvo para sucumbir él, y en la segunda hizo sucumbir á muchos, puesto que descargando su encono en todos los que creyó culpables de aquel resultado, hizo ahorcar á los comisarios del ejército, acusados, no sin fundamento, de rapacidad; desterró á dos de los mas bravos caudillos, Sandricourt y Alegre, por haberse rebelado contra su general; y prohibió á las tropas de la guarnicion de Gaeta pasar los Alpes, obligándolas á invernar en Italia. Solo faltaba esto á los infelices soldados franceses, que por todas partes ofrecian un cuadro aflictivo de desolacion y de miseria. He aqui

como la pinta un historiador extranjero. «Muchos de los que se embarcaron para Génova murieron de enfermedades contraídas en el largo espacio que estuvieron acampados en los pantanos de Minturna. Los demas pasaron los Alpes y entraron en Francia, porque su desesperacion les hizo atropellar por la prohibicion de su rey. Los que se encaminaron por tierra padecieron mas, por los insultos de los italianos, que se vengaron á su sabor de los actos de barbarie y de violencia que por tanto tiempo habian sufrido de los franceses. Veíase á estos errantes á manera de espectros en los caminos y en las ciudades del tránsito aterridos de frio y desfallecidos de hambre: todos los hospitales de Roma, y hasta los establos, las chozas y otros lugares que podian servirles de abrigo, estaban llenos de miserables que solo buscaban algun rincón para morir. No fué mucho mejor la suerte de los caudillos. El marqués de Saluzzo á poco de llegar á Génova falleció de resultas de una fiebre ocasionada por los padecimientos de su espíritu: Sandricourt, demasiado soberbio para soportar su desgracia, se quitó la vida por sus propias manos: Alegre, mas culpable, pero mas valeroso, sobrevivió para tener la fortuna de reconciliarse con su soberano, y de alcanzar la muerte del guerrero en el campo de batalla (1).

Ya no inquietaba á Luis XII. solamente lo de Ná-

(1) Prescott, Hist. de los Reyes corsesi, Diario.—Garnier, Hist. de Católicos, part. II. c. 15.—Buona-France, tom. V.

poles, que esto dábalo por perdido, sino que temia tambien por lo de Milan, viendo como veía las potencias de Italia inclinarse unas y ponerse otras abiertamente bajo la proteccion del rey de España, sin poder contar con el papa Julio II. ni con el emperador Maximiliano, y sabiendo que no faltaban descontentos milaneses que provocáran á Fernando de Aragon y ofrecieran ayudarle á lanzar de Milan á los franceses. Muchos lo esperaban asi tambien, y acaso era la idea que dominaba en Europa, atendido el abatimiento en que habian quedado los franceses y el genio superior de Gonzalo y el prestigio de que le rodeaban sus recientes glorias. No parece sin embargo que ni Fernando ni Gonzalo, ambos cautos y prudentes, pensáran en realizar tal proyecto. Sirvió no obstante aquel temor del monarca francés para que viniera mas blandamente al partido que el español hacia tiempo deseaba. Moviéronse, pues, negociaciones y pláticas para una tregua, y merced á la buena maña de los embajadores españoles, se ajustó á poco tiempo tregua de tres años, concertándose; que durante aquel período el rey don Fernando de Aragon poseería tranquilamente el reino de Nápoles; que se restablecerían las relaciones mercantiles en los estados de ambos monarcas, excepto en Nápoles, de donde los franceses quedarían escludidos; que en este intermedio cada uno de los soberanos se abstendria de dar ayuda ni apoyo á ninguno de sus respectivos enemigos.

Este tratado, que firmaron los plenipotenciarios del rey de Francia en Lyon (14 de febrero, 1504), habia de empezar á regir desde 25 de febrero, y le ratificaron los Reyes Católicos á 31 del siguiente mes de marzo, en Santa María de la Mejorada. «Y túvose por hecho de grande negociacion, dice el historiador aragonés, por ser tan dificultosa la concordia sobre tales prendas como era el reino por cuya posesion se tenia por muy justa la guerra (1).»

El tratado segundo de Lyon ponía término á las guerras de Nápoles, decidia de la suerte de aquel reino en favor de España, y la mision de Gonzalo en Italia dejaba de ser de guerrero y empezaba á ser de político y de gobernador.

«No es posible, dice con mucha justicia y con loable imparcialidad un historiador extranjero, considerar la magnitud de los resultados conseguidos con tan pequeños medios y contra tal muchedumbre de enemigos, sin llenarse de profunda admiracion por el genio del hombre que los habia realizado.» Cosa es que asombra en verdad, y que nos parecería inverosímil, si los hechos y los testimonios no lo hicieran tan evidente, ver á un hombre con tan escaso ejército, muchas veces sin pagas, muchas sin víveres y no pocas sin vestuario, en apartadas y estrañas tierras, incomunicado á veces con su patria y entregado á los

(1) Zurita, Rey don Hernando, plomatique, tom. IV. núm. 26, lib. V. c. 65.—Dumont, Corps Di- donde se inserta el tratado.

solos recursos de su genio, triunfar de los mejores generales y de los mejores ejércitos franceses, humillar á dos monarcas de Francia, y ganar un reino entero para los reyes de España sus soberanos. Los que intentan atenuar el mérito de los triunfos de Gonzalo en la primera campaña con las imprudencias y desaciertos de Carlos VIII. de Francia, olvidan que sin estos desaciertos é imprudencias triunfó de todo el poder de Luis XII. en la segunda; y si imprudencias hubo de parte de los monarcas ó de los generales franceses, habíanselas con un general español que no las cometía nunca y sabía aprovechar las de otros. Los que intentan atribuir los desastres de la Francia en la segunda campaña á la prematura muerte del mariscal La Tremouille y á haber encomendado el mando del ejército á generales italianos, olvidan que en la primera venció el capitán español al rey Carlos, á los duques de Montpensier y de Nemours, y al veterano Aubigny, franceses todos: y quien anochó en la segunda al marqués de Mantua y al de Saluzzo, quien abatió á la flor de los caballeros franceses, Alegre, Bayard, La Fayette y Sandricourt, hubiera humillado lo mismo á La Tremouille.

Era el genio superior de Gonzalo el que obraba aquellos prodigios. Porque Gonzalo no era solo el capitán enérgico, brioso y esforzado, el soldado de lanza y el guerrero de empuje, era también el general de cálculo, el candillo estratégico, el jefe organizador. El

Gran Capitan era al propio tiempo el negociador político. El intrépido batallador era también el astuto diplomático. El castigador severo de la indisciplina era el hombre afable y contemporizador que sabía atraerse el cariño del soldado. El caballero que se distinguía por el magnífico porte y el brillante arreo de su persona, el remunerador espléndido y generoso, era también el modelo de sobriedad, y el tipo y ejemplo de la paciencia y del sufrimiento en las escaseces, en las privaciones, en los trabajos y en las penalidades. Así no sabemos en qué situación admirar más á Gonzalo, si venciendo en Atella y en Ceriñola, si combatiendo á Tarento y á Ruvo, si rescatando á Ostia y á Cefalonia, si batallando y triunfando en el Garillano, si sufriendo con inagotable y calculada paciencia en la plaza de Barletta y en los pantanos de Pontecorbo. No había genio que pudiera medirse con el de un general que ganó todas las batallas que dió en su vida, y que en su larga carrera militar perdió una, la única que se dió contra su voluntad y contra su dictámen, anunciando anticipadamente el resultado que no podría menos de tener. Así Gonzalo, vencido con las armas materiales en Seminara, ganó más gloria y más fama que si hubiera sido vencedor, por que triunfaron la capacidad, la prevision, la inteligencia y el talento del que nunca más había de ser ya vencido.

Dejemos ahora al Gran Capitan en Nápoles ase-

gurando su conquista y administrando el reino adquirido con su espada para sus soberanos, y no anticipemos las amarguras que habian de acibarar el resto de su gloriosa vida. Vengamos ya otra vez á la península española. El orden de la historia nos obliga ya á referir el mas triste acontecimiento que pudiera sobrevenir á esta nacion, donde todo habia sido glorias y prosperidades desde el feliz ensalzamiento de los Reyes Católicos.

CAPITULO XIX.

MUERTE DE LA REINA ISABEL.

1504.

Padecimientos de la reina y sus causas.—Pérdida de sus hijos.—Disgustos que le dió su yerno el archiduque don Felipe.—Primeros síntomas de demencia de doña Juana.—Estravagancias de esta princesa.—Aflición de su madre.—Celos y escándalos de don Felipe y doña Juana en Flandes.—Enferman Fernando é Isabel.—Restablécese el rey, y se agrava la enfermedad de la reina.—Rogativas públicas por su salud.—Sentimiento é inquietud del pueblo.—Célebre testamento de la reina Isabel.—Nombra sucesora y heredera á su hija doña Juana, y regente del reino á su esposo don Fernando.—Codicilo.—Sus últimas y mas notables disposiciones.—Admirable fortaleza, piedad, prudencia y prevision de la reina moribunda.—Su muerte ejemplar y cristiana.—Sentimiento público.—Traslacion de sus restos mortales en procesion solemne á Granada.

En tanto que allá en el otro hemisferio seguian descubriéndose nuevas regiones y agregándose á la corona de Castilla, y que en el centro de Europa se incorporaba á la corona de Aragon un reino importante, debidas aquellas al talento y á la ciencia de Cristóbal Colon, debido éste á la inteligencia y á la espada de Gonzalo de Córdoba, para venir aquellas y este á ser regidos por un mismo cetro; en tanto que la España, marchando por la via de la prosperidad y de la gloria,